

# LA PSICOLOGIA MODERNA

---

## UNA HORA CON GEORGES DUMAS

(Profesor de Psicología experimental en la Sorbona. — Miembro de la Academia de Medicina de París)

---

El tercer volumen, recientemente aparecido, de su *Nouveau traité de Psychologie*, acababa de aportarme análisis despiadados y admirables documentos iconográficos sobre el problema de la expresión.

Yo conocía ya al sabio, su fineza de observación, su espíritu crítico, su agudo sentido de lo real; conocía menos al hombre, afable, simple, alma joven, al narrador brillante.

En el silencio provincial de una de esas callejuelas que rodean a San Sulpicio, Georges Dumas me ha recibido entre un montón de libros, de retratos, de grandes hojas manuscritas, de pruebas en corrección, bajo las miradas inmóviles de un Descartes, de un Renan, de un Pascal, de un Spencer y de un Comte.

El hombre es alto, la nariz borbónica, la barba blanca, la cabellera blanca indisciplinada; el ojo sombrío ha conservado toda la llama del Languedoc natal; en toda parte de ese rostro, el espíritu está listo para la ironía y para la "salida".

He aquí al maestro a quien sus estudiantes adoran, que tan poco pontifica que dicta su curso, a menudo, sentado en una esquina de la mesa.

He aquí al maestro a quien aquellos que han dejado ya la edad de estudiar vienen a escuchar aún, y para quien ha debido abrirse, para alojar a todos sus oyentes del domingo, la capilla del Asilo clínico. Pues es en el Asilo clínico Santa Ana donde el profesor Dumas pronuncia su curso de la Sorbona, mostrando enfermos y esto da perfectamente señal de su enseñanza concreta, práctica, cuida-

dosa, antes de toda construcción sistemática, del hecho experimental.

“El público se figura, a menudo, me dice, que el psiquiatra ve locos por doquiera. Nada de eso. Tampoco, para ellos, es todo el mundo candidato a la enajenación mental. Para padecer una parálisis general, es preciso una sífilis cerebral. Para padecer un delirio de sueño alcohólico, es preciso primeramente una impregnación por el alcohol. *Sin embargo, la enfermedad no crea nada. Destruyendo ciertas funciones superiores de control, ella liberta tendencias y mecanismos normalmente contenidos* (1) Estas tendencias y estos mecanismos se manifiestan entonces en una forma exagerada, caricaturesca. Es como un aumento al microscopio. Cada uno de nosotros puede encontrar aquí sus orientaciones. Cuando el melancólico busca pecadillos pasados para darles el valor de crímenes y justificar el castigo que implican, aclara para nosotros el mecanismo del remordimiento, cuando una erotómana perdida en la muchedumbre toma como si fuera para ella la sonrisa y el saludo del presidente de la República, nos muestra, liberada del control normal al que la sometemos, una tendencia que tenemos todos a la interpretación egocéntrica.

*“Esta utilización de lo patológico para el conocimiento de lo normal ha sido la idea profunda de Ribot, del que yo fui alumno”.*

Y Georges Dumas me habla del pasado, de sus maestros, de la tradición psicológica francesa.

\*

\* \*

Nacido en Lédignan, en el Gard, en 1866, G. Dumas pertenece a una de esas familias protestantes que conocieron las “dragonadas”. Si la rectitud y la firmeza intelectuales de los antepasados se encuentran en el hombre de hoy, ellas se unen al más amplio espíritu de tolerancia y, en el orden filosófico, a un positivismo más comprensivo en que el espíritu crítico tiene el lugar muy amplio que se merece.

Después de estudios secundarios en el Liceo de Nimes, después de una retórica superior en el de Luis el Grande, entraba en 1886

(1) Lo que va en cursiva ha sido señalada por el traductor.

a la Escuela Normal Superior. Se benefició allí con la enseñanza de un hombre para el que su veneración no deja ninguna ocasión pasar sin afirmarse: Víctor Brochard, el célebre autor de *Sceptiques Grecs* y de *Retour a la moral païenne*.

Otros maestros ejercieron en la Escuela Normal, aunque de más lejos, su acción sobre Georges Dumas: Brunetière, cuyo dogmatismo se descuidaba hasta el punto, a veces, de decir: “Lo que sobrevive de un sistema es sobre todo lo que no es sistemático”; Gaston Boissier, latinista, desde hacía tiempo en conocimiento — cosa bastante rara en su tiempo — de los trabajos de la crítica alemana; Guiraud, que prolongaba, con su originalidad personal, la influencia y el método de Fustel.

Fuera del seminario de la calle de Ulm, un jefe de escuela particularmente eminente atraía a nuestro joven filósofo: Théodule Ribot, profesor de psicología experimental en el Colegio de Francia. Ribot representaba en la evolución de la psicología una fase capital. Se había dicho mucho antes de él que la psicología debía ceder el lugar a los estudios de fisiología cerebral y de patología mental. Era, sobre todo, la opinión de Cabanis y de Comte. Ribot trabajó sobre las observaciones de los alienistas y de los neurólogos de su tiempo para edificar esa obra considerable de psicología que aún tiene autoridad en el mundo entero. Sus alumnos han dado un paso más: han querido observar ellos mismos los enfermos de que hablan, trabajar sobre vivo; sus sucesores han hecho aún más y se podría citar ahora algunos alienistas de carrera que profesan la psicología en la Facultad de Letras y profesores de filosofía que se han hecho internos de asilos y alienistas con el principal cuidado de estudiar psicología.

Georges Dumas siguió durante seis años a Ribot en sus cursos del jueves y del lunes, volviéndolo a encontrar, en conversaciones particulares, en la *Revue philosophique* o en su gabinete de trabajo.

Se trataba, primeramente, de realizar estudios de medicina. A lo cual se dedicó desde su salida de la Escuela y después de su éxito en la agregación de filosofía en 1889.

La necesidad de regular su situación universitaria obligóle primeramente a tomar un puesto de profesor en la enseñanza secundaria. Fué nombrado en una ciudad del Mediodía, donde perma-

neció veinticuatro días antes de que viera acordado el permiso pedido.

De regreso a París, estudia la medicina, especialmente orientada hacia las afecciones nerviosas y mentales. En la *Salpêtrière* no pudo más que entrever a Charcot; en Santa Ana sigue los cursos de Magnan, el médico de la Admisión, trabaja con Benjamín Ball. Desdeñoso ya de las grandes improvisaciones psicológicas, intenta no separar de los hechos mentales que estudia las múltiples reacciones orgánicas que son su aporte. Estudia fisiología con Francois-Franck, en el Colegio de Francia. Se interesa también por la sociología que, gracias a los trabajos de Durkheim viene a abrir una vía completamente nueva a la ciencia del hombre. *Determinismo fisiológico, determinismo social, los dos polos de la psicología positiva de Augusto Comte seguirán siendo los de la psicología experimental de Dumas.*

Entre todas estas influencias, Georges Dumas quiere insistir sobre la de Pierre Janet, su mayor en la Escuela Normal, que conoció en los bancos de la Facultad de Medicina y que ya echaba las bases de esa psicología informada, profunda, sin cesar rejuvenecida, renovada al contacto de los hechos, por la cual ha influido tan grandemente sobre la psicología de su tiempo y sobre la psicología entera.

“Tampoco quiero olvidar, dice Georges Dumas, la influencia de Lévy-Bruhl, de sus libros y de nuestras frecuentes conversaciones. Por él, más aún, quizá, que por los libros de Durkheim, he comprendido la importancia de las condiciones sociales y de las representaciones colectivas en las explicaciones que queremos dar de los hechos psicológicos. Vd. encontrará esta influencia particularmente manifiesta en todo lo que he escrito sobre la expresión de las emociones como sobre la mímica de la voz y del gesto”.

En 1894, Dumas era doctor en Medicina. Su tesis de medicina, *Les états intellectuels dans la mélancolie*, en que el caso de Hamlet era magistralmente estudiado, apareció en 1895 y fué seguida en 1900 de una tesis de doctorado en letras, *La tristesse et la joie*, en que esas dos emociones son estudiadas en su mecanismo mental y fisiológico.

\*

\* \*

Una vez doctorado en medicina, G. Dumas fué nombrado, por delegación de la ciudad de París, profesor en Chaptal, donde estuvo ocho años. Cuando habla de esos años, George Dumas es lírico: “Es uno de los buenos períodos de mi vida. He amado mucho ese medio; los alumnos, casi exclusivamente becados, están generalmente allí muy deseosos de trabajar y no he tenido sino que alabarme siempre de ellos, así como de mis colegas. Durante mi primer año en Chaptal, enseñaba también filosofía en el Condorcet, medio completamente diferente, pero simpático en extremo. Tuve allí dos alumnos que luego han hecho hablar de sí: Henry Bernstein y André Tardieu. Tardieu era un alumno muy bueno; en toda mi carrera no he conocido uno más inteligente; obtuvo en filosofía el primer premio en el concurso general y no podía dejar de obtenerlo. Vuelvo a verlo muy de vez en cuando en el “dejeuner” Paul Hervieu: cada quincena. En cuanto a Bernstein, afirmaba ya esas cualidades de vigor y de gran originalidad que han hecho de él uno de los primeros dramaturgos de su tiempo.

“Entré a la Sorbona en 1902; enseñé allí, pues, desde hace treintinueve años. Cuando estalló la guerra, había logrado agrupar a mi alrededor un conjunto de nueve estudiantes, que no eran solamente alumnos sino discípulos; eran, en su mayoría, filósofos que, como yo, habían cumplido sus cursos de medicina o los estaban cumpliendo. Entre otros, estaban Dagnan-Bouveret, el hijo del pintor, Barat, Borel y Lamarque, que hacía trabajos sobre los sordomudos; cuando volví a mi laboratorio, en 1919, después de la desmovilización, habían muerto todos; entonces, durante ocho o nueve años, he vivido en una especie de soledad; tenía, ciertamente, muchos alumnos en mis cursos, pero ya no tenía agregados, que consintiesen, en lugar de tomar un puesto, en estudiar su medicina, en volver a ser estudiantes. El reclutamiento de investigadores desinteresados en cada vez más difícil. Sin embargo, no dejó de decir que las condiciones económicas no alientan a ese reclutamiento. Cuando el agregado ha realizado sus estudios casi siempre a costa del Estado, volver a dedicarse a varios años de estudios libres en que se gasta sin ganar nada, significa un esfuerzo a menudo por encima de sus medios.

“Sin embargo, un nuevo conjunto de investigaciones se ha formado a mi alrededor. Me complace en citar entre esos jóve-

nes, a André Ombredane, agregado de filosofía desde hace once años y doctor en Medicina desde hace cinco, que es mi asistente en la cátedra de psicología experimental en la Sorbona y uno de los colaboradores del *Nouveau traité de Psychologie*; Daniel Lagache, igualmente agregado de filosofía, que acaba de terminar sus estudios médicos; Mougín, recién salido de la Ecole Normale; otros más jóvenes aún”.

Georges Dumas me ha hablado largo tiempo de sus alumnos con el tono más afectuoso. La conversación se bifurcó luego acerca de las amistades anudadas con algunos escritores.

\*

\* \*

He conocido mucho a Anatole France; lo había encontrado en casa de Madame de Caillavet, en 1904. En la cena del miércoles y del viernes, en el te del domingo, France llevaba la conversación a los temas más variados, política, literatura, filosofía, y con tal libertad de espíritu que no dudaba en tomar por víctimas de su ironía a sus amigos de la víspera. Le he respondido a una consulta acerca de Juana de Arco que él me había pedido y que ha reproducido al final del segundo tomo de su libro. Estaba algo decepcionado; esperaba, creo, que un médico pudiese notar en Juana de Arco más caracteres neuropáticos.

—¿Cuál es el libro de él que Vd. prefiere?

—Jamás me he planteado la cuestión, pero creo que su novela *Les Dieux ont soif* es lo que ha hecho de más vigoroso. Jamás se había mostrado con tanto arte y con tanta verdad la banalidad de la vida desarrollándose al lado de acontecimientos que la posteridad considerará más tarde como transtornadores de las condiciones de la existencia normal y cuya importancia han desconocido los contemporáneos o cuya existencia han ignorado. Por otra parte, toda esta filosofía la había ya expresado en su libro *Sur la pierre blanche* y concentrado en su admirable “nouvelle” *Le Procureur de Judée*.

“El salón literario de la avenida Hoche es el único salón literario que he frecuentado de 1904 a 1910. Cuando Madame de Caillavet murió, seguí viendo a France, pero con menor frecuencia, aunque nuestras relaciones siguieron siendo muy cordiales.

Me ha dedicado uno de sus “nouvelles”, en que critica muy finamente métodos “inadaptados” con los cuales los médicos abordan demasiado a menudo el estudio de los fenómenos generalmente calificados de ocultos. He tenido la ingenuidad de no creermelo aludido”.

Sobre Anatole France, Georges Dumas es fértil en sabrosas anécdotas, pero considero oportuno volver a llevarlo a su obra. Le hablo de Lange, de quien ha traducido el libro sobre las *Emociones*, poniéndole prefacio, de William James, a cuya *Tecría de la emoción* ha puesto prefacio.

Este médico y este psicólogo pretendían, como se sabe, sin haberse conocido y con argumentos algo diferentes, que la emoción, tal como la sentimos en su naturaleza psíquica, no es más que la conciencia de las perturbaciones orgánicas que la caracterizan. Se palidece en el temor, el corazón se hace más lento, se doblan las piernas, se enfrían las extremidades, los músculos pierden su tonicidad, se vacían los “reservoirs”, etc., etc....; el miedo psíquico sería la conciencia de estos trastornos diversos”. Todo esto, me dice Georges Dumas, es muy discutido hoy después de los análisis críticos de Francois Franek, de Henri Piéron, de los trabajos del fisiólogo americano Cannon. Se admite con cierta verosimilitud que la conciencia de la emoción está ligada a reacciones cerebrales, hasta a centros emocionales; sin que se aplique a esta expresión de centro el sentido algo estricto que ha sido justamente criticado por Bergson.

Pregunto:

—¿El conocimiento del centro y de los mecanismos emocionales podrá ser de alguna utilidad para quien quiera aprender a dominar sus emociones y entrenarse en el dominio de sí mismo?

Georges Dumas me responde:

—Sería preciso, antes, que nuestros conocimientos estuviesen menos cargados de hipótesis y hasta en ese caso, no distingo el partido que se podría sacar de esto para aplicaciones prácticas.

\*

\* \*

—¿Puede Vd. decirme por qué proceso psicofisiológico se pasa de una representación o de una percepción a una emoción?

—Vd. exagera con sus preguntas... He tratado de responder a ésta en el ensayo sobre las *Emotions*, que encontrará Vd. en el segundo tomo del *Nouveau traité de Psychologie*, pero no le ocultaré que sobre este problema que entra en la vieja cuestión de las relaciones del cuerpo y del espíritu, nuestros conocimientos son muy insuficientes, y forzosamente aproximativas las soluciones a que estamos obligados a atenernos. He aquí, más o menos, la que yo he propuesto:

La desaparición de una excitación, de un estímulo acostumbrado, la limitación de nuestros deseos, de nuestras tendencias, de nuestros instintos por un acontecimiento nuevo, como la pérdida de una situación, de un amigo, de una fortuna, la idea, sobre todo, de que esta limitación es cosa hecha, pueden determinar un "ralentissement" de nuestra actividad, una limitación ideofectiva y también una disminución de las funciones orgánicas ligadas a la actividad cerebral; esta disminución, este "ralentissement" unidos al recuerdo de su causa serían la tristeza que se puede llamar pasiva.

En la alegría pasiva,, las representaciones ejercen una influencia ligera y tónica sobre una actividad psíquica reducida como la del ensueño, del sueño, de la catalepsia y los sujetos se complacen en esta actividad fácil mientras que la actividad cerebral igualmente reducida que la acompaña repercute débilmente o no repercute sobre las funciones orgánicas que están bajo su dependencia.

En el miedo pasivo hay, entre la percepción de un peligro inmediato o próximo, una espera tan profunda y tan rápida de nuestros instintos de conservación, que este choque emocional provoca, en la actividad cerebral y en las funciones orgánicas que dependen de ella, fenómenos de agotamiento o de inhibición, "ralentissement" del corazón, aflojamiento de las piernas, caída del sujeto sobre su misma posición, etc., etc. No encontramos casi en la vida corriente temores de este género, pero se los puede provocar fácilmente en el animal.

En la cólera pasiva, es la violencia de las tendencias y de los instintos sublevados lo que inhibe o disminuye también por un a manera de choque y *muy pasajeramente* la actividad cerebral y las funciones orgánicas que dependen de ella; de ahí el "ralenti-

ssement'' del corazón, la palidez de los tejidos, el relajamiento de los músculos del rostro; pero estas reacciones, en general muy breves, están siempre acompañadas por reacciones positivas como el funcionamiento de los músculos superciliares y la fijación de la mirada que hacen ya prever las reacciones positivas que seguirán.

Parece, pues, que se puede entrever el mecanismo original de la tristeza, de la alegría, del miedo y de la cólera pasivas en función del efecto limitante, apenas tónico, más o menos inhibitorio, ejercido por un acontecimiento exterior sobre la actividad psíquica, por lo tanto, cerebral y consecuentemente sobre las funciones orgánicas.

Pero puede ocurrir que el sujeto reaccione de una manera más o menos viva ante la causa de su emoción, que en lugar de ponerse triste, resignada y pasivamente, reaccione por una excitación dolorosa, que en lugar de dejarse llevar a una alegría pasiva, reaccione con exuberancia al sentimiento agradable que experimenta y, en el miedo y en la cólera, por reacciones de enloquecimiento o de violencia seguidas, lo más a menudo, de huída o de agresión. En todos estos casos, las funciones orgánicas que están bajo la dependencia de la actividad psico-cerebral reaccionan por formas diversas de excitación.

—¿Hay, pues, formas pasivas y formas activas para todas las emociones?

—Las hay, por lo menos, para las cuatro emociones diferentes que acabo de citar.

—¿Pero por qué reaccionamos a veces por emociones depresivas, a veces por emociones activas a las excitaciones que alcanzan a nuestra afectividad?

—Es una cuestión de temperamento, de edad y también de intensidad; las excitaciones emocionales muy fuertes se traducen más fácilmente que las otras por reacciones de inhibición o de detención.

—¿No ha estudiado Vd. también la expresión del dolor?

—Sí, con André Mayer, el profesor de fisiología del Colegio de Francia, y hemos comprobado que esta expresión es una expresión de defensa contra el dolor. Se puede uno convencer de que esta explicación es justa rogando a un sujeto que contraiga

tal o cual grupo de músculos mientras que se le pincha con el algesímetro. Las contracciones musculares elevan el umbral del dolor, es decir, que ellas retardan el momento en que una excitación creciente se vuelve dolorosa y disminuyen la intensidad del dolor cuando éste es percibido. Es fácil ver que sobre el rostro los únicos músculos que contraemos en el dolor son los músculos capaces de un esfuerzo considerable, los zigomáticos, los masticadores, los “peauciers” del cuello, etc.

—¿No ha realizado Vd. nunca psicología individual?

—La he realizado en la historia estudiando, según los textos, la psicología de Augusto Comte y la del conde de Saint-Simon. Es el carácter mesiánico de estos dos espíritus lo que me había atraído y les he consagrado un libro.

—¿La guerra ha debido seguramente suministrarle un amplio campo de observación?

—Sí, había sido destinado desde el comienzo a servicios de nerviosos y mentales y he conservado hasta el fin de las hostilidades, en Toul, en Noyon, en Verdún, esta misma destinación. He visto a histéricos que sin ser simuladores se autosugestionaban, si no para crear accidentes, parálisis, cegueras, sorderas, etc. al menos para conservarlas y prolongarlas; he visto, sobre todo, a enfermos heridos de confusión mental a continuación de grandes emociones o de conmociones de batallas.

Encontrará Vd. mis observaciones reunidas en un pequeño libro: *Troubles mentaux et troubles nerveux de guerre*.

—¿Puede Vd. decirme algunas palabras de la psicología aplicada?

—No me he ocupado nunca de ella, sino en la clínica mental; tengo, empero, plena confianza en los investigadores que, con espíritu crítico y prudencia, se ocupan de la aplicación psicológica en la pedagogía, la selección profesional, la organización del trabajo y de otros dominios todavía.

Estoy de tal modo persuadido de que hay porvenir en todas estas aplicaciones, que el tomo X del *Nouveau traité de Psychologie* tratará de la psicología aplicada. Mi colega del Colegio de Francia, Henri Piéron ha querido gustosamente compartir conmigo la dirección de este último tomo.

—No me ha dicho Vd. nada de este tratado, que comprenderá, según veo, nueve tomos, puesto que el décimo y último será consagrado a la psicología aplicada.

—Sí, habrá nueve tomos que pondrán al día el conjunto de las cuestiones psicológicas no solamente para los profesionales sino también para los profesores de filosofía, los psiquiatras, los juristas, los educadores, los estudiantes y para todos aquellos a quienes una curiosidad desinteresada o práctica atrae hacia los problemas de la psicología.

La psicología que se encuentra allí no es la psicología de nadie, es la psicología simple, ciencia muy incompleta todavía, pero que conoce sus lagunas y en la exposición de la cual los cincuenta autores de los diversos capítulos han puesto todo lo que podían de información metódica y crítica.

Es Théodule Ribot quien, hace ya más de veinte años, me había encargado de asumir la publicación de una obra de este género y él no preveía entonces más que dos tomos, los que formaron el *Traité de Psychologie*. El *Nouveau traité de Psychologie*, con sus diez tomos, sobrepasa sus esperanzas y sus previsiones.

La hora se cumple; preguntamos a Georges Dumas si puede resumirnos en algunas palabras sus tendencias personales, clasificarse.

—Me pide Vd. algo muy difícil; jamás he pensado en darme una etiqueta: ¿acaso se tiene necesidad de ellas cuando se quiere estudiar hechos y siempre hechos, realizando interpretaciones que son forzosamente provisorias? Le he dicho ya a Vd. que he leído mucho a Comte, que he trabajado con Ribot; con los médicos alienistas; debiera haberle dicho también que he leído a Bergson, que he practicado mucho a Descartes y sobre todo, su admirable *Traité des passions de l'âme*, escrito en el alba de la ciencia moderna y siempre joven, sin embargo, siempre inigualado, a pesar del tiempo transcurrido.

FEDERICO LEFEVRE

(''Les Nouvelles Littéraires'' noviembre de 1933)